
XXVII

Certamen de Poesías y Narraciones Breves

HERMANOS CABA



Carlos CABA



Pedro CABA

*Modalidad Narrativa: Premio Denuncia Social
2016*

Obra: HORMIGAS.

Autor: Raúl Clavero Blázquez



Excmo. Ayuntamiento
de Arroyo de la Luz



Bibliografía

Vivo en Madrid desde el cambio de milenio, pero nací en 1978 en Salamanca, donde estudié Filología Hispánica y un master de guión para televisión y cine. Hasta ahora he trabajado fundamentalmente como guionista y redactor para varias productoras de televisión y radio. He obtenido premios de guión en concursos como el Rovira-Beleta y desde finales de 2011 he empezado a concursar también en certámenes de relato breve obteniendo en este tiempo más de ciento cincuenta premios como el Europe Direct de Cáceres, el concurso internacional de relatos de la Semana Negra de Gijón, el Ciudad de Marbella, el Villa de Montánchez, el Camilo José Cela de Padrón, el Ciudad de Elda, el Kimetz de Ordizia o el José Calderón Escalada de Reinosa, entre otros..



HORMIGAS

por Raúl Clavero Blázquez



Hormigas

-¿Sí? – dice papá amortiguando un carraspeo somnoliento. Al otro lado del teléfono mamá jadea despacio, como un animal herido de muerte.

-Están por todas partes.

-¿Qué?

-¡Las hormigas! ¡Las malditas hormigas! Hay cientos en la encimera de la cocina. Y también he visto unas cuantas en el salón.

Las hormigas. Fue una de las cosas de las que quisieron deshacerse enseguida. Primero fue mi ropa, después mis libros, luego los restos del terrario. Pero, a diferencia de mis pantalones agujereados o del “*Guardián entre el centeno*”, las hormigas se resisten a marcharse. Me las regalaron hace más de diez años. No conocen otro mundo. Supongo que se han ganado cierto derecho a quedarse en esa casa.

-¿Has usado el insecticida que compré?

-Claro que he usado el insecticida, y he echado hierbabuena y vinagre y pimienta roja en todas las esquinas.

-¿Que has hecho qué?

-Lo leí en alguna página de remedios caseros, no recuerdo dónde. Son repelentes naturales, pero no funcionan. No sé qué hacer. No puedo descansar, en cuanto cierro los ojos te juro que creo escucharlas, correteando de aquí para allá, sin parar. Son tantas que al final del día



casi puedo sentir su sabor, bajo la lengua, ¿sabes lo que es eso? ¿Lo sabes?

Por dios, Ricardo, esto es... Quiero... Necesito que desaparezcan...

-Está bien, tranquila, mañana me paso por allí.

-¿Mañana?

-Verónica, por favor, son las cuatro y media de la madrugada, no pretenderás que vaya ahora.

Mamá no responde. Sus silencios son sábanas blancas tendidas al sol, parecen flotar sin peligro, pero si estás demasiado tiempo a su alcance se llenan de luz y te acaban cegando, te obligan a cerrar los ojos, a rendirte al fin.

-¿Verónica?

-Esta tarde llamaron del club de natación. No sabían nada. Me preguntaron si íbamos a renovar el abono de Marta.

-Lo siento, lo había olvidado. Ya no sé dónde tengo la cabeza. Me encargaré de ello en cuanto pueda.

De nuevo el silencio.

-Entonces, ¿vas a venir? – insiste mamá.

Papá suelta un suspiro tan largo como un discurso. Está bien, está bien, dice, tardaré media hora en llegar. Después cuelga el teléfono, se gira hacia su izquierda y acaricia el hombro desnudo de Irina. Ella duerme, o finge dormir. Su respiración, pausada, es la de un barco en un mar en calma. Arriba y abajo, arriba y abajo. En cualquier caso, es un barco pequeño, incapaz de soportar una tormenta, por eso duerme o finge dormir, por eso apenas habla ya con papá. En pocas semanas se han ido alejando lentamente. No hablan. Quizá ella es demasiado joven. Quizá esté viviendo una vida que aún no le corresponde vivir.



-Me tengo que marchar – le dice al oído -. Volveré antes del desayuno.

Irina asiente sin abrir los ojos. Sigue durmiendo, sigue fingiendo un descanso al que ya no tiene acceso. Irina. La primera vez que la vi tenía la falda en los tobillos. Yo acababa de salir de la clínica y decidí darle una sorpresa a papá. Entré sin llamar en el despacho de su oficina.

-Hija – repetía mi padre sin cesar. Hija, hija, hija. Por un instante tuve la impresión de que no se trataba de papá. Él nunca me llamaba hija, cuando hablaba conmigo usaba mi nombre -. Hija, esto... Esto no es lo que piensas. Tu madre y yo llevamos seis meses separados. Hemos preferido no contarte nada hasta que estuvieras mejor – decía al tiempo que buscaba sus pantalones bajo la mesa.

En el fondo aquella me resultaba una escena divertida, más tarde, cuando salí del edificio no pude parar de reír hasta que llegué a nuestra casa, pero a ellos no les hacía ninguna gracia la situación. Especialmente a Irina. Mientras papá intentaba justificarse yo sólo tenía ojos para ella, para su rostro de cachorrillo asustado que lo único que desea es escapar lejos, bien lejos. La miraba, y pude ver como se dibujaba en su gesto la amargura de quien descubre una certeza de la que ya no podrá escapar. Desde entonces se siente culpable. Lo sé. Se lo dice a sus amigas constantemente. Culpable por haberse metido en mitad de un matrimonio, por haber roto una familia. Culpable por haber tenido ganas de huir en el velatorio.



Papá se viste en el pasillo y se observa un segundo en el espejo de la entrada antes de salir a la calle. Ha envejecido mucho en muy poco tiempo. Me pregunto si él estará dándose cuenta. Cada día tiene arrugas nuevas y el pelo más encanecido. Arrastra los pies al caminar. Es como un edificio en ruinas que estuviera a punto de vencerse. Él también se siente culpable. Fue el primero que me vio vomitar. Me observó fijamente durante unos segundos interminables, después me pegó una bofetada y me abrazó.

-Te pondrás bien – dijo -, te ayudaremos.

Quizá fue ese el momento en el que tendría que haberle contado lo que realmente me ocurría, pero callé, como si un hilo invisible los atravesara, no pude despegar mis labios. Callé, y él ya nunca me volvió a mirar como antes. En sus ojos apareció la expresión de asombro perpetuo de un explorador que se adentra en un territorio virgen. Esa expresión lo acompaña ahora a todas partes. Desde entonces se siente culpable. Lo sé. Se lo dice a su psicoanalista en cada sesión. Culpable por las cosas que hizo, por las decisiones que no tomó. Culpable por no estar más cerca de mi.

Y mamá. Pobre mamá. Ella fue quien me encontró en la bañera, y ahora es incapaz de tomar ni una simple ducha. A veces da vueltas por toda la ciudad en el coche que pensaban regalarme, da vueltas hasta quedarse sin gasolina. Sospecho que intenta reunir fuerzas para, un día, animarse a hundir el pie en el acelerador y alejarse para siempre, sin importar hacia donde. Se siente culpable. Lo sé. Se lo dice a quien quiera escucharla, lo repite, una y otra y otra y otra vez. A todas horas. Fue ella quien me



encontró y desde entonces se siente culpable. Culpable por haber solicitado que me dieran el alta a pesar de que todos los psicólogos del centro le aconsejaron lo contrario. Culpable por haber regresado más tarde de lo habitual aquella noche, culpable por haberse quedado dormida en el sofá.

Todos se sienten culpables. Pero ninguno de ellos tiene la culpa. Ojalá me hubiese atrevido a decírselo. No, los culpables fueron otros. Mis amigas, por insistirme hasta la náusea en lo importante que era tener novio cuanto antes. Y yo, por rendirme y seguir sus normas. Y Claudio, sobre todo Claudio, por cruzarse en mi camino.

Nos conocimos en una fiesta. Yo estaba demasiado sola y él demasiado borracho. Deslizó unas palabras confusas en mi oído, envolvió mi cintura con sus brazos y me condujo a una habitación sin luz en la que varias parejas se besaban. Yo simplemente me dejé llevar, y a partir de ese instante comenzamos a salir. Desde el principio, sin embargo, supe que algo no iba bien entre los dos. Nunca parecía tomar en serio ninguna de mis opiniones, se ponía muy nervioso si tardaba en responder alguno de sus muchos mensajes diarios, y siempre se mostraba dispuesto a criticarme por cualquier cosa: por mi ropa, por mis ideas, por mis ilusiones, por mi peso. Me hacía sentir tan pequeña que tras unos meses, antes de que convertirme en un apéndice exclusivo de sus deseos fuera inevitable, rompí con él. Juró que se vengaría.



Y lo hizo.

Colgó un absurdo video en una web pornográfica. En las imágenes yo aparezco desnuda, tumbada sobre la cama de mi habitación, mientras como un trozo de pizza. No sucede nada más. Hacia el final Claudio dice mi nombre, yo miro a cámara, le lanzo un beso y sonrío. Ni siquiera recuerdo cuando lo grabó. Sólo dura unos segundos, pero bastaron para precipitar mi vida hacia un pozo sin fondo. En pocos días me convertí en el centro de todas las conversaciones del instituto. Los cuchicheos solidificaron un muro a mi alrededor. Nadie me dirigía la palabra, pero ninguno de mis compañeros se resistía a hablar de mí en cuanto yo me giraba. Claudio, por el contrario, sólo recibía palmadas cómplices en la espalda. Cómo comprender que la persona que me había traicionado fuese recibido como una especie de héroe y a mí se me marginara. Cómo aceptar que todo aquello era real y que me estaba sucediendo a mí. Los comentarios al vídeo se multiplicaban cada hora, y la mayoría se reían de mi cuerpo ancho, de mi hambre voraz, de mi sonrisa bobalicona. Fue tan rápido que no supe reaccionar. Perdí mi aliento y mis palabras. Perdí la capacidad para razonar, para entender que si hubiese dado un simple grito de auxilio habría podido salvarme. Pero no lo hice, y más tarde, ya en el sanatorio en el que mis padres me internaron para tratar mi anorexia, llegué a la conclusión de que sólo tenía una salida.

Había escrito mi propio final mucho antes, pero hasta aquella tarde no supe que el momento había llegado. Yo estaba en mi cuarto, dando de



comer a las hormigas. Semillas, un trocito de manzana, azúcar. Me gustaba dejarles la ración diaria en la parte más alta de la granja y ver como, gramo a gramo, desaparecía hacia las profundidades de la colonia. Las observaba durante horas, y fue entonces, al acercar una silla y sentarme frente a ellas cuando me di cuenta de que en un lateral del terrario había una grieta, una grieta enorme, con la forma de un río que se desborda. Llevé el dedo índice hacia la parte astillada, y en ese instante, como si me hubiera estado esperando, el cristal reventó entre mis manos. La arena comenzó a caer sobre mis pies. Algunas hormigas estaban paralizadas, aterrorizadas por tanta libertad, otras corrían en todas direcciones. Las miraba sin saber qué hacer, y de pronto me descubrí pensando que yo era una de ellas, que yo también debía correr. Me sentí atrapada en una pecera a la que mis padres miraban de reojo, buscando heridas en mis nudillos o en las comisuras de mis labios, sentenciada a representar eternamente la ficción de comidas de domingo compartidas con dos personas que ya no se quieren, abocada a un simulacro de vida en la que para todos mis iguales, para todos aquellos con los que durante años había compartido apuntes y recreos, ya nunca sería más que la chica gorda, la chica fácil que se deja grabar desnuda por su novio. Mi infancia se había desintegrado de un plumazo, mi futuro no se adivinaba por ninguna parte. Era un naufrago en mitad de un océano interminable y no lograba ver botes salvavidas en el horizonte. Ya no podía nadar más. No podía más. No podía más. Y brillaba frente a mis ojos un trozo del cristal del terrario. Afilado y suave entre mis dedos. Sobre mis muñecas. No lo pensé demasiado. Fue sencillo. En mí ya había suficientes grietas por las que escapar.



Mamá baja corriendo las escaleras cuando escucha el timbre.

-¿Por qué no has usado tu llave? Menudo escándalo estás formando. Vas a despertar a media ciudad.

Papá tiene la mirada perdida en el jardín. Aprieta los ojos, esforzándose por adivinar en la oscuridad los perfiles de las plantas. Ahora ya nadie las riega. En poco tiempo se secarán, brotarán malas hierbas, los vecinos pasearán cerca de la valla y se lamentarán disimuladamente, ¿fue aquí? Qué pena, qué pena, dirán, deseando en secreto que mamá se marche pronto, que una pareja joven, llena de vida, se mude a esa casa de ladrillo enmohecido, que todo empiece desde cero. Borrón y cuenta nueva.

Papá patea unos cuantos guijarros hacia la calle, después se gira, sube los escalones y en la puerta no puede disimular una pequeña mueca de asco. Mamá tiene un aspecto horrible. Hace días que no se cambia de ropa. Siempre lleva la misma sudadera gastada. Apenas come. No duerme. Enseguida ella se da cuenta de cómo la mira papá. Se lleva las uñas de las manos a las sienes, a modo de cepillo, intenta peinarse pero el pelo le queda aún más revuelto, dándole a su cabeza el aspecto de un nido abandonado.

-Bueno, ¿vas a pasar o no?



Papá entra en el recibidor. En cada paso aplasta varias hormigas. El suelo está alfombrado de revistas, álbumes de fotografías antiguas abiertos como órganos sangrantes en mitad de una operación, latas de cerveza.

-Lo sé, lo sé. Todo está hecho un desastre. Yo estoy hecha un desastre.

-Verónica, deberíamos vender la casa. Cuanto antes. Aquí no puedes seguir.

-No... aún no. No. Quizá dentro de unas semanas, o de unos meses, pero todavía no.

-Entonces, mientras tanto, alquila un estudio en alguna parte. Si quieres puedo ayudarte a pagarlo.

-¿Sí? – dice mamá con un tono exageradamente irónico. Sus ojos son de repente dos hogueras, dos ballestas en tensión a punto de disparar -.
¿Harías eso por mi? ¿De verdad? Oh Ricardo, siempre has sido tan bueno, tan bueno...

Se miran. Se miran como se han mirado en los últimos años. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que ya sólo se miraban de ese modo. Como dos pistoleros en el duelo final de una película del oeste. Están a punto de disparar pero papá retrocede un instante. Baja los ojos. Oculto por una montaña de papeles, asoma el borde de un marco de plata. Papá lo desentierra con la puntera del zapato izquierdo. Se agacha. En el marco, una fotografía. En la fotografía, papá, mamá y yo. Tengo unos cuatro años. La sonrisa líquida, los brazos extendidos. Parezco recién aterrizada de una pirueta. Hay un barco en el fondo. Y casas de colores sobre una colina.

-Ayer me pasé horas mirando esa fotografía – dice mamá -, y fui incapaz de



recordar dónde nos la hicieron, ¿tú te acuerdas?

Papá no contesta. Nunca dice nada cuando no puede ofrecer ninguna respuesta que no lastime.

-Últimamente han pasado demasiadas cosas – dice, tras unos segundos eternos. Después una hormiga le asciende por la mano, le muerde el pulgar y le obliga a soltar el marco de plata. El golpe seco del metal contra el suelo hace que varias hormigas salgan de debajo de la montaña de papeles y corran hacia la cocina. Papá y mamá las siguen.

-Por allí – dice mamá señalando hacia el fregadero. Bajo la pileta, cerca del suelo, un par de hileras oscuras se pierden en el interior de dos pequeños agujeros excavados en la madera del armario.

-¿Qué hay ahí?

-Nada – responde mamá -. Productos de limpieza.

Papá se pone en cuclillas, abre la puerta y comienza a sacar botellas de lejía, trapos, guantes de látex, estropajos. El hueco queda vacío, pero las hormigas siguen allí, recorriendo decenas de caminos hacia la pared. Papá cierra el puño y golpea en un lateral.

-Esta parte está hueca.

Golpea de nuevo. Una vez. Dos. A la tercera acierta con sus nudillos sobre una pequeña cuña y consigue desplazar el panel de madera.

-Pero, ¿qué...?

-¿Qué? ¿Qué pasa? Ricardo, ¿qué pasa?

-Aquí hay algo.

-¿Qué?



Papá hunde la mitad de su cuerpo dentro del armario, como un espeleólogo novato en una cueva recién descubierta. Cuando regresa, cuando se pone en pie, tiene entre sus dedos una caja de latón. Mi caja de latón.

-¿Qué es eso? – susurra mamá.

Papá abre la caja. En su interior hay galletas, barritas de caramelo, golosinas que fui acumulando durante meses. Todas podridas. Todas cubiertas de hormigas. Y bajo ellas mi diario.

-Oh, dios mío... – dice mamá. Después se apoya en la pared y se deja caer lentamente, como una gota de miel sobre una superficie polvorienta. Las hormigas huyen hacia otros refugios. Papá abre el cuaderno y comienza a leer. Sus ojos se deslizan a toda velocidad por sus páginas y descubre, por fin, la verdad. Descubre a Claudio, descubre el motivo de mis vómitos, descubre mi ansiedad, y mi vergüenza, y mi silencio, y mi sentimiento de culpa. Cuando termina, su mandíbula tiembla, su pecho tiembla, sus piernas tiemblan. Cierra el diario, lo deja sobre una mesita auxiliar y tiembla.

Y sale de la cocina.

Y acelera el paso.

Y cruza el salón.

Y abre la puerta.



Y baja los escalones, y atraviesa la hierba seca, y ya en la calle se detiene.

Mira a un lado y a otro. Se lleva las manos a la nuca, a la boca, a la cintura. Y como si se hubiese quebrado el cristal del terrario que lo separaba del exterior y hubiera descubierto de pronto que no tiene ningún lugar al que huir, como si pensase que en cualquier momento el puño de un gigante pudiera caer sobre él y aplastarlo, igual que a un insecto, finalmente se arrodilla y llora.





Excmo. Ayuntamiento de Arroyo de la Luz

